

La crónica como herramienta para honrar la memoria de las víctimas

>> Por *Marcela Turati**

A los periodistas mexicanos, la llamada “guerra contra el narcotráfico” nos encontró impreparados. La cubrimos de la manera en que solíamos cubrir los sucesos policíacos con la sumatoria diaria de muertes, de asesinatos, de ejecutados. Era tan abrumador el número de cadáveres apilados en las morgues, que en las redacciones se inauguró una macabra figura llamada el “ejecutómetro”, el marcador diario de homicidios, como si se tratara de un partido de fútbol: tantos asesinados de un equipo, tantos del bando contrario; tantos narcos muertos tras un combate contra tantos militares o policías federales.

El discurso oficial señalaba que no debía preocuparnos el empinado incremento de las estadísticas de los asesinatos porque los cadáveres que amanecían decapitados, encobijados, descuartizados, encajuelados, colgados de puentes o quemados en ácidos eran meros ajustes de cuentas. Según nos explicaban, esta era una guerra de malos contra malos en la que “se matan entre ellos”. El resto, los que “andábamos bien”, no tendríamos problemas.

Cuando se comprobaba que el ejército había masacrado a una familia entera porque no había hecho alto en un retén improvisado, o que había rafagueado a estudiantes que salían de su universidad y a quienes se confundieron con sicarios, entonces se aceptó que en



esta guerra, como en todas había, “bajas colaterales”; pero, que eran una minoría las personas que estaban en el lugar equivocado y en el momento equivocado, lo cual los hacía culpables de su trágico destino. Por su parte, los narcotraficantes también transmitían su discurso sangriento, amenazador, deshumanizante a través de cartulinas o de videos exhibidos en redes sociales y en los que el sello era la saña y la crueldad con la que trataban a sus enemigos. El cuerpo mismo era el mensaje y entre más dañado estaba parecía más efectivo.

En el país, pronto comenzamos a acostumbrarnos al horror. Do-

mesticamos la violencia. La muerte se convirtió en parte de la vida. Fuimos varios los periodistas que sentimos la necesidad de intervenir para rebelarnos contra esa falta de respeto por la vida humana. De hacer algo desde nuestra trinchera contra ese discurso deshumanizante. Nos propusimos devolverle su nombre a la violencia, dimensionarla, recuperar los rostros, apellidos, edades y sueños de las víctimas.

Teníamos claro que no era una guerra de “malos contra malos” sino que quienes estaban asesinandose eran nuestros jóvenes contra nuestros jóvenes. Que

estábamos presenciando el juvenicidio de una generación traspasada por varias violencias que parecía sólo tener cabida en los panteones y cuya destrucción a todos tenía que preocuparnos e involucrarnos. Fuimos los cronistas quienes planteamos una alternativa al marcador de homicidios que arrojaba números fríos, indiferenciados. Quienes navegamos a contracorriente a esa tendencia de hacer una epidemiología del sufrimiento, de arrojar a todos los muertos a una fosa común interminable donde todas las víctimas quedan en el anonimato y los crímenes impunes, comenzamos por recuperar las historias detrás de los cadáveres. A devolver significado a los números, ponerles dimensión y contexto. A través de la crónica intentamos humanizar lo inhumano. Ponerle corazón a lo desalmado. Pasar de la confusión a la complejidad. Nos metimos a investigar las masacres más inenarrables, hurgamos en las fosas con cientos de cadáveres, y pasamos esa información a claves más digeribles, las contamos a través de historias para poder presentarles a los lectores, para que pudieran escuchar sus lamentos, para que se reconocieran en ellas los rasgos de humanidad que comparten.

En contextos violentos, aunque los números son importantes, si no son bien utilizados llegan a estorbar y despojan a las violaciones masivas de derechos humanos de todo su sentido. No es lo mismo informar sobre la masacre de los 72 migrantes ocurrida en 2010 en San Fernando, Tamaulipas, a hablar de la quinceañera que viajaba a Estados Unidos para reunirse con su mamá, o del joven campesino que quería ganar dinero para recibir con algunas monedas al hijo que su esposa

“

La comunicación
es un bien público, no patrimonio económico ni menos moral de empresas particulares

”

llevaba en el vientre en Honduras. Es difícil que nuestros lectores empaticen con un número, con una abstracción, y que la cifra los rete a tomar una postura. La empatía se logra entre seres humanos al hablar de personas de carne y hueso, que tenían sueños, una familia que los esperaba y que eran como uno.

En México, varios cronistas, escritores, diseñadores y fotógrafos emprendimos diversos esfuerzos colectivos por devolver la dignidad de las personas. Uno de estos ejemplos es el blog ciudadano “Menos días aquí”, que convoca a ciudadanos voluntarios para que durante una semana revisen hasta 50 periódicos por día y rastreen los nombres de las personas fallecidas, les devuelvan su edad, investiguen las circunstancias de su muerte para que no engrosen la lista de los

No Identificados, de los “se mataron entre ellos”.

Otro importante esfuerzo fue el altar virtual levantado en honor de los 72 migrantes asesinados, donde igual número de reporteros y escritores, convocados por la periodista Alma Guillermo Prieto, nos dimos a la tarea de rastrear quiénes eran las víctimas de esa masacre ocurrida en 2010 y cuáles sus historias de vida. Se pensó como una página de internet que por la respuesta que generó se convirtió en libro, luego en obra de teatro y en ofrendas sonoras transmitidas en la radio.

Otro ejemplo es el libro “Tú y yo coincidimos en esta noche terrible”, encabezado por el colectivo Nuestra Aparente Rendición, que recoge las historias de vida y circunstancias de la muerte de los 126 trabajadores de medios de comunicación asesinados o desaparecidos durante la última década. Esa ha sido una manera que hemos encontrado para sacar a los asesinados o a las miles de personas desaparecidas del costal en el que las autoridades arrojan a las víctimas, bajo ese manto de sospecha que marca para siempre a sus familias, que las obliga a callar, a ocultarse, a esconder su sufrimiento y lo invalida.

La violencia extrema complejiza la labor del periodista. Todo se vuelve río revuelto, arena movediza. La escala de la violencia pierde dimensión, los consumidores de noticias pronto se cansan de leer tanta tragedia o se blindan como para prevenir que eso no les ocurra.

Las preguntas que constantemente nos hacemos los cronistas es ¿cómo hacer para que el asesinado número cinco, el 5 mil o el 50 mil lleguen a valer lo mismo? ¿Cómo hacer para que sus vidas truncadas importen? ¿Cómo es-

cribir que en lugares como Ciudad Juárez había una carnicería, las morgues estaban saturadas, los panteones no se daban abasto en el décimo reportaje sobre esa misma ciudad? ¿Qué elementos debe tener mi historia para que obligue al lector a enterarse de esas muertes que deben importarle? Para estas preguntas no hay respuesta, salvo reportear feroz y tercamente hasta tomar el pulso a la realidad, encontrar la mejor historia que muestre la tragedia y sus complejidades, y las distintas tramas ocultas bajo la sangre. El periodista tiene que huir de las crónicas peregrinas que se quedan en anécdotas, que no describen una tendencia o un punto de quiebre, que presentan a víctimas estáticas, todas iguales, y ocultan bajo el horror y la sangre los pliegues más profundos del conflicto y las claves para entenderlo. Los protagonistas de nuestras historias, los ciudadanos reales que encontramos al momento del reporte, deben aspirar a ser universales y a través de su propia historia reflejar las historias de muchos otros.

En nuestras indagaciones no podemos conformarnos con contar lo visible, el humo del incendio, lo evidente. En todas las historias hay tramas ocultas, enterradas, y debemos aspirar a develarlas. Siempre

están conectadas con la responsabilidad del Estado, ya sea por omisión o por complicidad. La tarea es ardua. En todos los conflictos las víctimas se vuelven invisibles, se les quita la voz, se les quita legitimidad a su dolor. Cuando se les da el micrófono, pronto incomodan a los hacedores de la guerra y por eso tienden a proscribirlas al silencio.

Los medios de comunicación colaboran con ese despojo al presentar las mismas historias de víctimas estáticas, en el momento del lamento, al estereotiparlas como personas sin recursos para seguir adelante, sin derechos, sin futuro, en el llanto eterno. En la Red de Periodistas de a Pie, en la que participo con otras colegas, nos dimos a la tarea de ensayar otras maneras de traer a las víctimas para no abonar a esa percepción. Realizamos un libro y un proyecto multimedia que lleva por nombre “Entre las Cenizas: historias de vida en tiempos de muerte”, donde nos pusimos como tarea presentar a las víctimas desde el dolor que sufren, pero también desde su capacidad de afrontamiento, desde la construcción de nuevos mañanas, desde su lucha por la justicia, desde su resistencia.

Fue una manera que encontramos para intentar saldar la deuda

que teníamos con las víctimas de la violencia a quienes sistemáticamente retratamos desde el horror y la parálisis y pocas veces desde su digna rabia y sus esfuerzos por retomar las riendas de su vida y por recuperar al país. En países como los nuestros, donde prevalece la impunidad y la justicia es selectiva, son necesarias estas historias. Mientras no haya una comisión de la verdad que nos explique qué es lo que ha ocurrido, por qué pasó, quiénes son los responsables, cómo debe ser reparada la gente y mientras no se imparta verdadera justicia, nuestras historias periodísticas se convierten en esbozos de esas verdades de las víctimas, de sus sufrimientos, de sus esperanzas. Se convierten en un puente para que la sociedad sepa lo que pasó. Lo que otros quieren ocultar.

*Marcela Turati es reportera de la revista Proceso, en la que se ha especializado en la cobertura de los efectos sociales de la narcoviolencia. Es autora del libro “Fuego cruzado: las víctimas atrapadas en la guerra del narco”. También es coordinadora y coautora del proyecto del libro y multimedia “Entre las cenizas”, una recopilación de historias de ciudadanos organizados frente a la violencia.

“

La comunicación es un bien público, no patrimonio económico ni menos moral de empresas particulares

”